

# Los cuentos que me contaron

(Narraciones orales de Torralba del Río)  
(y II)

RAFAEL CORRES DIAZ DE CERIO

## VIII. ANEXOS

### 1. NARRACIONES ORALES

#### La cabra y el lobo

**H**ace mucho tiempo, caían en Torralba grandes nevadas. Todo estaba cubierto de nieve y no se veía hierba por ninguna parte. Las cabras se quedaban de noche en los corrales del monte porque en los campos no había nada que comer.

Al amanecer, el pastor de las cabras subía al monte, abría los corrales y las cabras se desparramaban en busca de comida. Como todo estaba nevado excepto las peñas más altas, allá se iban a ramonear las pocas hierbas que brotaban en los huecos de los riscos.

En uno de esos inviernos, pasó un lobo por el monte. Caminaba despacio porque estaba hambriento y olfateaba la presa. Siguió caminando hasta que vio en lo alto de un risco a una cabra que triscaba por allí. El lobo se acercó tranquilo, simulando amistad. Antes, había observado con mucha atención el peñasco y la manera de llegar hasta la presa. Pero no pudo. Cuantas veces lo intentó, otras tantas rodó por la pendiente, magullándose el lomo y las patas.

El lobo se arrojó la piel en una de las grandes piedras que por allí había y disimuló que iba de paso, tranquilo y de buen humor.

—¡Cabra cabratis! Baja a beber de estas aguas claras y bonis —dijo al pasar frente a la cabra.

—No, me matarás —contestó la cabra, que ya había visto venir al lobo desde la altura donde se encontraba.

—No, hermana mía —respondió el lobo. Desde que se murió mi padre y mi madre, hice juramento juramentatis de no comer más carne de cabratis.

—No, mi amigo. ¡Qué va! No me fío de tus juramentos. No bajaré. Si bajo, yo sé que me comerás.

—No, ¡por Dios! —replicaba el lobo. Créeme. Desde que se me murió mi padre y mi madre, hice juramento juramentatis de no comer más carne de cabratis.

Así estuvieron un rato largo. El lobo, endulzando la voz cuanto podía, escondiendo sus afilados colmillos, tratando de ganarse la amistad y confianza de la cabra. Esta, agazapada tras un pequeño saliente de la roca, asomaba tan solo los cuernos retorcidos y amenazantes. De vez en cuando, balaba lastimeramente.

Por fin, el lobo logró convencer a la cabra de sus buenas intenciones, y ésta bajó despacio y temerosa desde el risco donde se encontraba. Tenía unos ojos grandes y tristes.

Ya en el valle, los dos se dirigieron al río más cercano. La pobre cabra no le quitaba la vista al lobo, en tanto que éste afilaba disimuladamente los colmillos.

—¿Y cómo está su familia? —tartamudeó la cabra.

—¡Oh! Muy bien, gracias a Dios. En casa hay abundante comida y no hay miedo a la nieve. Precisamente hoy salí a estirar las patas y a visitar a mis amigos. ¡Qué sol hace! Nos vendrá estupendamente bien refrescarnos un poco en tan hermoso río.

Pero la pobre cabra temblaba de miedo y se arrepintió de haber hecho caso al lobo.

Llegaron al río y se pusieron a beber agua. El lobo echó un gran juramento al tocar el agua, que bajaba helada. La pobre cabra miraba el lobo y, de repente, vio cómo se le ponían tiesos los bigotes y le miraba con unos ojos muy fieros. El lobo dio un salto y la agarró por el cuello. Entonces la cabra, viéndose perdida y con las lágrimas en los ojos dijo al lobo:

—¿No me decías que desde que se murió tu padre y tu madre hiciste juramente juramentatis de no comer más carne de cabratis?

Pero el lobo echó una gran carcajada, y clavándole los fuertes colmillos, le contestó:

—Cuando hay hambre, Sra. Cabra, no hay juramento ni juramentatis sino comer carne de cabratis.

Y sin hacerle más caso, se la zampó.

Y colorín colorao,  
este cuento se ha (a) acabado.

## El perro y el cangrejo

Un perro venía de lo más tranquilo por el camino de Munival. Era verano y el sol de agosto achicharraba los campos. Seguía con paso lánguido a una carreta de bueyes que acarreaba mies para la trilla. ¡Qué galvana traía!

Al pasar por el río Rama, vio un cangrejo joven, de color oscuro, que trataba de alcanzar la parte superior del río. (El camino parte en dos el riachuelo). Cuando hace mucho calor, los cangrejos salen a las orillas de los pozos a tomar el fresco. El perro se le quedó mirando mientras mojaba las patas en la corriente del río. Hacía mucho tiempo que no veía un cangrejo

y le llamó poderosamente la atención su facha, las manos delanteras como pinzas de colgar ropa, las dos filas de extremidades que parecían remos y, sobre todo, su lento y torpe caminar. No pudo aguantar la risa y soltó una sonora carcajada que molestó mucho al cangrejo. El perro, entre risas y aspavientos, le habló así:

—¡Oiga, amigo! ¿A dónde va Vd. tan de prisa? En mi vida he visto caminar a nadie con tanto garbo.

Y sin más ni más, comenzó otra vez a reírse y a gesticular de manera que las lágrimas se le salían por los ojos y a punto estuvo de tocar las largas aspás del bigote del pequeño cangrejo. No hay cosa que moleste más a los cangrejos que alguien se meta con sus bigotes.

El cangrejo pues, ya bastante mohíno y enfadado con las palabras y gestos del perro, se apartó a un lado y le lanzó a bocajarro las siguientes palabras:

—Más despacio, Sr. Perro. Una cosa es pasear y otra muy distinta, ir de carrera. Que el que fue por lana volvió trasquilao, y no es lo mismo predicar que dar trigo, y el que rió de último rió mejor.

El perro se calló en seco y se puso muy serio. Sacudió las orejas y miró fijamente al cangrejo:

—¿Qué quiere Vd. decir con esa cencerrada? Hable claro, muchacho, y entendámonos de una vez.

—Lo que le digo y le repito es que el que rió de último rió más y mejor, Sr. Perro —contestó el cangrejo en un tono desafiante.

—Si no entiendo mal, Vd. me está desafiando o algo muy parecido —replicó el perro, ahora más serio y asombrado.

—Así es. Le apuesto lo que quiera a correr por este río o a campo tendido. Elija Vd. mismo y fije la meta.

El perro arrugó el morro, sacudió las orejas y, con unos ojillos como cabezas de alfileres, se quedó mirando al pequeño cangrejo, que reía maliciosamente mientras se arreglaba el bigote con sus fuertes manazas.

—Sí... Sí, Sr. Cangrejo —acertó a decir el perro. Pero sepa Vd. que soy el perro más veloz del pueblo y de estos contornos. No hay perro que me llegue al tobillo y nunca oí que los cangrejos corrieran tanto.

—Pues, señale la meta y vámonos, que con tanto hablar se nos va a caer la noche encima.

El perro miró al monte y propuso como meta la «fuente del Castillo» que se encuentra un poco a la izquierda, monte arriba. El cangrejo encogió los bigotes ante tanta distancia. Lo menos 50 kilómetros de donde se hallaban. Sin caminos ni atajos conocidos, habría que subir a traviesa, saltando ribazos, esquivando chaparros y ollagas ¡con lo que pinchan!, a través de un monte lleno de maleza. El pobre cangrejo dudaba y estuvo a punto de rajarse. Pero, en uno de los movimientos del perro, vio que éste tenía una cola corta y bien poblada de pelos. Rió maliciosamente y se frotó con gusto las pinzas de sus manos.

—Aceptado —dijo el cangrejo—. En la fuente lo espero y brindaré por la victoria con un trago de agua fresca.

—Eso lo veremos —gruñó el perro.

Se pusieron a la par y quedaron de acuerdo en que ambos contarían «uno, dos y tres» como señal de partida. El cangrejo pidió a su rival que le permitiera colocarse un poco más atrás, a la altura de su cola, a fin de tomar impulso en la salida.

—Bien —contestó el perro.

A la señal convenida, salieron los dos corredores. El perro arrancó como alma que lleva el diablo. Pegó un salto tremendo y desapareció del río. En un coser y cantar, dejó atrás la primera cuesta y sonreía con satisfacción. Pero éste era bastante atolondrado y no se daba cuenta que llevaba a cuestras al cangrejo, quien, en el momento mismo de la salida, se había agarrado con sus fuertes tenazas a los pelos de su cola.

El perro volaba monte arriba. Saltaba los ribazos, esquivaba cuantos chaparros y piedras encontraba a su paso. Ni siquiera volvía la vista para ver dónde se hallaba el cangrejo. Este no soltaba la cola por nada del mundo y ¡qué susto! cada vez que el perro brincaba algún ribazo. Iba diciendo para darse ánimos.

—Ando a trancas y barrancas, paso las negras y también las blancas... Un, dos, un, dos.

Muchas veces se arrepintió de la apuesta pero se animaba con la victoria segura y ¡la cara que pondría el perro cuando se viera derrotado!

—Ando a trancas de barrancas; paso las negras y también las blancas... Un, dos, un, dos.

El perro corría como un loco monte arriba. No oía los lamentos del cangrejo, ni hacía caso cuando éste perdía el equilibrio y se iba de bruces contra las traseras de aquel.

—Alguna ollaga —pensaba para sus adentros.

Cuando estuvo cerca de la fuente, se paró en seco y a punto estuvo de descubrir la treta porque el cangrejo, desprevenido, se fue de narices hacia adelante y clavó sus pinzas en el trasero del perro. Pero apenas éste podía respirar. Dio media vuelta y se quedó mirando la cuesta tomando aliento. Brincó sobre una de las piedras y comenzó a gritar desaforadamente:

—¡Eeeeeeeeh, cangrejo! ¿Dónde estás que no te veeeeeeeeoooo? ¿Ya saliste del ríooooooooo? ¡Cangrejoooooooo! ¡Date prisa que se va a hacer de nocheeee! El que ríe el último mejooooooooor!

La voz bajaba retumbando monte abajo y le hacía tanta gracia escuchar el eco de sus gritos que estuvo largo rato voceando, riéndose y haciendo cabriolas y volteretas sobre la piedra.

Como el cangrejo no daba señales de vida, le pareció mejor echarse una buena siesta y esperar a su contrincante. Se durmió feliz de la vida y enseguida estaba roncando.

El cangrejo, en cambio, se frotó una vez más las manos, se pasó la lengua por los bigotes y reanudó la marcha a toda prisa hacia la fuente. Ya sentía el agua fría del manantial cuando el perro se levantó de un salto, todo nervioso y asustado, miró a su alrededor y otra vez se puso a gritar a pleno pulmón:

¡Eeeeeeh, cangrejo! ¿Dónde estás que no te veeees?

—Aquí estoy, hombre —oyó a sus espaldas—. Hace más de media hora que llevo esperando. Me parece que hiciste mal las cuentas. ¡Demasiado

dura la subida, o qué! Echate un trago de agua que estás sofocado. ¡Ji, ji, ji, ji!..

El perro se quedó mudo de vergüenza y de rabia. ¡Qué ojillos ponía! No podía comprenderlo. Al cangrejo le entró tanta risa que no podía pararla, y de tanto reír y reír se puso colorao, colorao, como cuando los fríen en la sartén.

El perro agachó la cabeza, bajó las orejas y con el rabo entre las patas se fue monte abajo.

Y colorín colorao,  
este cuento se ha (a) acabao.

### Los dos pastores y el lobo

Dos pastores apacentaban el rebaño de ovejas en el monte de Torralba. Era una de esas tardes limpias y soleadas de octubre. Las ovejas remoneaban a la sombra de los robles, o tomaban sobre algún peñasco los últimos rayos del sol, o retozaban con sus corderillos. Los pastores habían echado su buena siesta confiados en la habilidad de los perros, y, ahora, contemplaban silenciosos los campos de «la dehesa» y de «río seco». Hasta el monte llegaba el «aidá» de los labradores que labraban el campo. Sólo faltaba que el sol se hundiera un poco más entre «las dos hermanas» para recoger las ovejas y encaminarse hacia los corrales del pueblo.

Pero no podían fiarse mucho. A veces, los lobos acechan tras cualquier chaparro.

Uno de los pastores, sentado sobre una peña, lanza al aire el grito de la jota. La voz clara y bien rasgada rueda por los valles y barrancos. Es como la despedida del día soleado y hermoso. Cuando suena la jota, muchos labradores suelen decir: «Un día como éste no debería terminarse nunca».

De repente, algo se movió en un trozo de maleza, allá a lo lejos.

—El lobo, el lobo —gritaron los dos pastores.

—El lobo, el lobo —sintieron también las ovejas.

Los perros salieron disparados en aquella dirección. Los pastores juntaron el rebaño a toda prisa y lo condujeron hacia la derecha.

—No nos desapartemos; si no hay más remedio, lo haremos frente como podamos.

Sin la ayuda de los perros, perdieron el control del rebaño y las ovejas se dispersaron monte abajo.

Los perros, valientes como leones y sin separarse ni un minuto, mantuvieron a raya al lobo por unos minutos, y habrían terminado con él de no haber aparecido la hembra loba. La batalla los dejó malparados y apenas pudieron llegar hasta donde estaban sus amos.

Entonces los lobos se lanzaron sobre los pastores.

Uno de ellos arrojó la porra y las alforjas y se subió a un roble. El otro, desesperado y nervioso perdido, se metió en un descampao. Allí no había robles ni encinas ni nada. Dimimuló que se caía y quedó como muerto en la maleza.

Se acercaron los lobos despacio y recelosos, husmearon el cuerpo tendido y como muerto, y se sentaron cerca como pensando y reflexio-

nando. Abrían la boca y mostraban los colmillos. Se acercaban al muerto y volvían a sentarse. El pastor no se movía, ni respiraba, ni daba señales de vida. El otro bien seguro en el roble, presenciaba la escena sin moverse tampoco.

Los lobos se acercaron una vez más al cuerpo muerto, olieron el rostro, el pecho y las piernas del pastor, olfatearon el aire y desaparecieron por el monte.

Ya el sol se había escondido detrás de «las dos hermanas» pero todavía no era de noche. Los dos pastores no se movieron de su sitio hasta que fue de noche ciego. Entonces el pastor bajó del roble y se acercó a su compañero. Queriendo hacerle una gracia, gateó hasta él, olfateó el aire y le dijo al oído:

—¿Qué te decían los lobos?

—Que es cosa de cobardes abandonar en el peligro a los amigos.

Y colorín colorao

este cuento se ha (a) acabado.

## El corral de los animales

En uno de los corrales del monte se habían guarecido muchas clases de animales para pasar el invierno. Todo el monte estaba convertido en un ventisquero de nieve, hielo y viento. El invierno se hacía pues cada vez más largo y duro. A pesar de la previsión de algunos animales, las provisiones eran ya muy escasas y, al final, no quedaban más que un puñado de granos de trigo.

La gallinita reunió a los animales y les habló de la situación en que se encontraban. Era necesario economizar y aprovechar al máximo lo poco que les quedaba. Se alejó hacia un rincón del corral y al momento regresó con unos granos de trigo en un pañuelo.

—Esto es todo lo que nos queda —dijo la gallinita ante la cara de asustados que ponían todos los animales—. Vamos a moler estos granos y haremos pan con la harina y comeremos hoy y, luego, Dios dirá.

—Sí, sí, comamos hoy —respondieron todos los presentes.

—Vamos a ver —siguió la gallinita—, ¿quiénes de Vds. van a llevar al molino el trigo a moler?

—Yo, no —dijo el burro.

—Yo, tampoco —dijo el conejo.

—Yo, menos —dijo el gato.

—Hace mucho frío —dijo una paloma y sacudió las alas como si en verdad sintiera escalofríos.

—Yo creo que no hace falta molerlos —dijo el cerdo—, al mismo tiempo que acercaba el hocico a los granos.

Pero la gallinita le dio tal picotazo en una de las orejas que se alejó gruñendo hacia una de los rincones del corral.

Nadie quiso bajar al molino. Entonces la gallinita hizo un zurrón de su pañuelo, y, tomándolo por el pico, se fue hacia el molino.

Entre tanto, los animales se dedicaron a sus juegos favoritos y muchos

de ellos hacían burla de las preocupaciones y trabajos de la gallinita. Sobre todo, el cerdo juraba y perjuraba que se vengaría.

Regresó la gallinita con su carga de harina y todos los animales admiraron su blancura y buena calidad.

–Bien –habló la gallinita–, vamos a ver quiénes van a encargarse de amasar la harina para luego hacer pan.

–Yo, no –dijo el burro.

–Yo, tampoco –dijo el conejo.

–Yo, menos –dijo el gato.

–Hace mucho frío –fijo la paloma.

–Bueno pues, dijo desconsolada la gallinita–, yo iré al río y haré la masa.

La pobre gallinita se fue al río con todo lo que necesitaba y estuvo trabajando hasta la tarde y regresó con la masa lista para el horno.

Otra vez se le juntaron todos los animales y hacían grandes elogios del trabajo y buena disposición de la gallinita y algunos decían que la querían como a su mamá.

Pero nadie quiso ir a buscar la leña, ni hacer la hoguera, ni preparar el horno con algunas piedras. La gallinita se ocupó de todo, ayudada por sus pollitos y nadie más.

Cuando el pan estuvo hecho, la gallinita y sus pollitos lo llevaron al corral. El pan estaba calentico y coloradito. Todos los animales dejaron sus juegos y entretenimientos y se acercaron. La gallinita estaba sudorosa y acalorada contando los panecillos y cuidando que no faltara ni uno. Algunos animales notaron que estaba enfadada y por miedo a sus terribles picotazos no dijeron nada.

La que habló fue la gallinita.

–A ver, amigos míos –dijo muy seria y con cara de pocos amigos–, ¿quiénes de Vds. van a probar mis panes, que yo hice con los granos de trigo que guardé, con la harina que yo traje del molino, con la masa que yo preparé y con los panes que yo calenté?

Nadie quería decir nada porque se acordaban del picotazo que se llevó el cerdo por atrevido. La mayoría bajó la cabeza tosiendo y murmurando algo por lo bajo.

–A ver, amigos míos –insistía la gallina–. Sé que están hambrientos y que en todo el día no han probado bocado y que les encantaría saborear los panes...

–Yo, –dijo el burro.

–Yo, también –dijo el conejo.

–Con mucho gusto –dijo el gato.

–Unas migajitas para saber como están –dijo la paloma.

Pero la gallinita no les dejó continuar. Levantó el pico cuanto pudo, bateó las alas y les echó en cara su pereza y despreocupación.

–Nadie probará mis panes –gritó–. Me los comeré yo y mis hijos. A ver, hijitos míos, venid y comed de estos panes que yo preparé pensando en vosotros y sólo en vosotros. Y que estos perezosos sigan jugando y esperando el buen tiempo.

Y colorín colorao  
este cuento se ha (a) acabao.

## El gallo y el gallito

En un corral de gallinas vivía un hermoso gallo, gallardo, elegante y buen mozo. Era la admiración de todo el corral. El lanzaba el primer canto anunciado la aurora, y, más tarde, el segundo, y cuando ya clareaba, el tercero, el más alto del gallinero y tras él lo hacían todas las gallinas. Sólo entonces dejaba que cantaran los gallitos más jóvenes.

Daba gusto verlo caminar por el corral con su cresta impecable y colorada, con sus plumas largas y bien emparejadas, con sus fuertes espolones. El conducía a las gallinas por el corral en busca de comida. Si a los gallitos más jóvenes se les ocurría desmandarse, una simple mirada suya los devolvía al orden.

Así como lo admiraban las gallinas, lo odiaban los gallitos. No podían hacer nada en el corral sin el consentimiento del jefe. Ni cantar, ni salirse del grupo, ni menos todavía cortejar a las gallinas o a las pollitas. Lo odiaban, y sobre todo uno que llamaban «el gallito».

Este sobresalía entre los de su generación por el colorido de su plumaje, la vistosidad de su cresta, su charlatanería y habilidad para atraerse a las pollitas. Y siempre estaba hablando mal del jefe. Raro era el día que no se llevaba un buen picotazo por atrevido y descortés.

Una vez, el jefe tuvo que ausentarse muy de mañana a visitar a un amigo suyo que estaba enfermo en uno de los corrales del pueblo. El «gallito» vio el cielo abierto cuando se enteró de la buena noticia. Y desde que clareó el día, se puso a suplantar al jefe y a exigir de todos respeto y obediencia. Alardeó de lo que sabía y de lo que no sabía. Cantaba a su antojo y cortejaba a todas las gallinas y pollas. Todo el día se lo pasó hablando y convenciendo a todos de la necesidad de cambiar de jefe.

—Yo seré vuestro jefe —les decía—. El corral necesita de juventud y de caras nuevas. El viejo se morirá cualquier día y el corral quedará sin protección. Yo me propongo como jefe porque soy el más bello, el más romántico, el más joven.

Todo el corral estaba sorprendido de su audacia y desfachatez. Nadie le hizo caso, y pensaba qué ocurriría por la noche cuando llegara el jefe y se enterara de todo.

Al anochecer llegó éste y preguntó a unos y a otros cómo habían pasado el día. No faltó quien le informara con pelos y señales de los propósitos y actividades del «gallito». El jefe hizo como que no le daba importancia y se unió a todo el corral como si tal cosa.

Llegó la hora de irse a dormir. Antes de subir cada quien a su palo, el jefe se acercó disimuladamente al «jefecito», que hablaba tan tranquilo con sus compañeros. Todo el corral les hizo corro y se mantenía a la expectativa. El jefe lo miró de arriba abajo y de abajo arriba y comenzó a ajustarle las cuentas del día.

—¿Con qué tú decías que quieres ser el jefe del corral?

Y sin dejarle abrir la boca, le daba un tremendo picotazo que hacía perder el equilibrio y el color al «gallito».

—¿Con que tú decías que yo soy un viejo sin fuerzas? —Picotazo.

—¿Con qué tú decías que eres el más bello y romántico? —Picotazo.

—¿Con que tú decías que eres el más fuerte y audaz? —Picotazo.

Y así fue repasando todos los alardes del «jefecito».

«El gallito» no decía ni pío en medio de las risas y bullicio de todo el corral. Quedó tan picoteado que sus amigos tuvieron que llevarlo al palo donde dormía.

A la mañana siguiente, «el gallito» amaneció irreconocible. Tenía todo el cuerpo cubierto de esparadrapos y caminaba encorvado y con muletas.

Todo el gallinero se burlaba del «jefecito» y recordaba aquellos de que muchos fueron por lana y volvieron trasquilaos.

Y colorín colorao

este cuento se (a) cabao.

### La hormiga y la cigarra

En uno de los ciruelos de «la balsa» vivía una cigarra. Se pasaba el día cantando, bailando y riendo. Se decía que estaba en el mundo para cantar. La primavera llegaba a su fin y la esperanza de un largo y caliente verano llenaba a la cigarra de alegría y entusiasmo. El árbol donde vivía le proporcionaba mosquitos, escarabajos, y otros animalejos para comer. Su única preocupación era pues afinar las cuerdas de su garganta y cantar desde la mañana hasta la tarde.

Debajo del ciruelo y casi pegado al tronco, había un hormiguero. Cientos de hormigas trabajaban en grandes procesiones desde que amanecía hasta bien entrada la noche. Unas arrastraban insectos muertos; otras, semillas de todas las clases, pero ninguna estaba ociosa. Día tras día, almacenaban provisiones en las profundas y oscuras cavernas del hormiguero.

La cigarra no podía entender el ir y venir de las hormigas, su trajín de cada día sin descanso ni reposo. Y, sobre todo, no podía comprender el silencio de tanta gente. ¡Con lo bonito que está el sol! ¡Con lo fácil y sencillo que resulta ganarse el pan del día! ¡Con lo hermoso que es recorrer las ramas del ciruelo y aspirar el aroma de las primeras flores, unirse al coro de los pájaros y cantar a la vida y al cielo azul!

Un día pensó hablar a las hormigas. No es posible —pensaba— que (se) pasen el día cabizbajas, de espaldas al sol, silenciosas y vestidas siempre de negro como viudas.

Y se acercó al tronco del ciruelo, cantando con más entusiasmo que nunca.

—Pero, amigas mías —les decía—, ¿cómo están Vds. siempre tan trabajadoras y silenciosas? Miren cómo está la naturaleza de alegre y de hermosa: el sol, las flores, la fuentecilla de «la cambija», el cielo azul... Dios va a castigarlas porque no gozan de la vida, pensando en llenar los graneros, ahorrar y almacenar...

Las hormigas iban y venían sin levantar la cabeza. Sabían que era una charlatana empedernida y no le hacían caso.

Tanto insistió la cigarra que una de las hormigas más ancianas se dirigió a ella mientras se secaba el sudor y descansaba un rato.

—Amiga cigarra —le respondió—, bien sabemos que el sol es hermoso y las flores y el cielo azul y todo lo que quieras. Pero también existe el otoño y el invierno. Nosotras somos una familia muy numerosa, y si no trabajamos ahora en el verano y no recogemos alimentos y llenamos hasta arriba los graneros, llegará el invierno y todas moriremos de hambre. Tú cantas ahora y bailas y gozas; nosotras descansaremos y bailaremos en el invierno, cuando la nieve cubre el campo y el frío no nos deja salir ni abrir la puerta de nuestra casa.

La cigarra escuchó las razones de la anciana hormiga y por un momento pareció entender la necesidad del trabajo y del ahorro. Pero en cuanto perdió de vista el hormiguero, se olvidó de los buenos propósitos y comenzó a cantar, a bailar y a pasear.

Poco a poco fue pasando el verano. Los días se iban acortando, el sol no tenía tanta fuerza. El cierzo de la peña hacía las tardes insoportables y escaseaban los insectos. La cigarra empezó a sentir los primeros agujones del invierno. Estaba desgana y sin fuerzas para nada. Sólo a mediodía se sentía a gusto y con bríos para cantar y bailar.

Las hormigas en cambio seguían su trabajo, insensibles a todo lo que les rodeaba.

Un día, amaneció tan nublado y tan frío que la cigarra no pudo salir de su escondrijo. No podía ni moverse. Estaba tan hambrienta y pálida que pensó morir.

A mediodía salió por fin el sol, y sin pensarlo más, se dirigió al hormiguero a pedir auxilio.

Llamó a la puerta y esperó temblando de frío.

—¿Quién llama? —respondieron desde adentro.

—Soy yo, vuestra amiga la cigarra. Estoy hambrienta y no tengo nada para comer. Por el amor de Dios, denme algo que Dios se lo pagará.

Pero las hormigas no abrieron la puerta por temor al frío y al viento. Todo el hormiguero estaba calentico y la comida sobraba por todas partes.

—¡Oh, amiga cigarra! Ya no es tiempo de pasear ni de buscar comida. ¿Qué hiciste durante el buen tiempo que ya se te acabó la despensa?

—Yo cantaba y bailaba todo el día. Dios me puso en la tierra para eso, para alegrar los campos y los árboles con mis cantos y alegría. ¡Denmen una limosnita que Dios se lo pagará!

Pero las hormiguitas se rieron y más que nunca se convencieron de lo tonta y loca que era la cigarra.

¡Que Dios te ampare, amiga cigarra! —contestaron todas haciendo coro. Sigue cantando y bailando que nosotras no te abriremos ni ayudamos a los vagos y charlatanes como tú.

La cigarra se puso triste y llorosa lamentando haber perdido los hermosos días del verano. Y sintió un terrible escalofrío cuando vio en la peña las primeras nieves. Se abrigó cuanto pudo y se fue derecha y en silencio a su casa solitaria.

Y colorín colorao

este cuento se ha (a) cabao.

## Juan y Juanillo

Cuando Torralba era muy pobre, vivían en el pueblo dos hombres muy conocidos. Eran como dos muchachos: siempre estaban riñendo y siempre estaban juntos.

Juan era muy tonto. En la escuela nunca salió del último banco y no sabía más que reírse. Si le preguntabas: Juan, ¿de dónde vienes? El te respondía: de por ahí. Y si volvías a preguntarle: ¿Y a dónde vas? La respuesta era siempre: a por ahí. Encogía los hombros y se marchaba riendo y comiendo pan. Juan se pasaba el día para arriba y para abajo comiendo pan. Si alguien lo invitaba a la bodega, con dos tragos estaba ya turulato y medio, y entonces era la juerga de todo el pueblo. Cantaba, bailaba, piropeaba a las muchachas y hasta lo montaban en un burro y lo paseaban por las calles.

Juanillo era más listo que el aire. Nadie sabía cómo se las arreglaba para vivir. Pero siempre tenía un duro para tomarse dos chatos en la taberna. Decía que sólo probaba el agua el uno de enero. Metía el dedo solemnemente en un vaso de agua y... ¡hasta el año que viene! Era flaco como una guindilla picante y comía más que un gitano. Cuando los mozos lo invitaban a merendar los domingos por la tarde y se ponía bien caliente, salía a la puerta de la bodega gritando de contento: «y ahora no me importa que me peguen un tiro».

Juan y Juanillo decidieron trabajar juntos un verano. Eran más pobres que las ratas, pero tenían una pieza cada uno allá por «el pecho de los mozos». Apenas tres robadas entre los dos. Malas de trabajar y empinadas como una pared. Segaron el trigo mano a mano durante casi una semana. La gente del pueblo se asomaba a las murallas a verlos. Madrugaban como el que más, pero hacia las doce del mediodía, el vino no les dejaba tenerse en pie y se pasaban la tarde durmiendo la siesta.

Cuando todo el pueblo terminó de trillar y las eras estuvieron desocupadas, Juan y Juanillo acarrearón la mies y trillaron el trigo. Como siempre, el pueblo celebró el acontecimiento y, quién más quién menos, todos les arrimaban un litrico de vino.

Juanillo, que era un vivales, casi no probó el vino ese día. Apostaba a ver quién de los dos era capaz de beberse de un trago una botella de vino y Juan las ganaba todas.

—Hala, majo, que tú eres el mejor bebedor del barranco —le animaba Juanillo.

—Y tú, el mejor de mis amigos —tartamudeaba, eufórico, Juan.

Así pasaron el día: entre apuestas, risotadas y alguna jota destemplada que cantaban mientras se hacía la parva.

Recogieron, aventaron y sobre el montón de trigo, que no abultaba gran cosa, clavaron la pala.

¡Qué buen montón de trigo! —comentaba Juanillo, dando un tremendo golpe cariñoso a Juan en el cuello.

—¡Y, ¡qué buenas fiestas vamos a tener en septiembre! —contestaba Juan.

—Este año te casas, maricón.

—Y tú vas a ser mi padrino, cabrón.

—Y a cada frase, golpe que te crió. Y, como siempre, habrían terminado sacudiéndose de lo lindo y llenando de juramentos los cielos y la tierra.

Pero el vivalde de Juanillo no quería por nada de este mundo estropear su plan, y no pasaron a mayores. Dejó que Juan ganara todas las apuestas y aguantó todos los golpes que le propinaba el tonto de Juan.

Mientras merendaban, Juanillo miraba el montón de trigo con sus ojillos de ratón. Con el último trago, Juanillo dijo a Juan:

—Bueno, Juan, vamos a repartir el trigo.

—Sí, sí, Juanillo, pero sin engañarme, que tú eres mi mejor amigo. Vamos a hacer dos montones de trigo igualitos, igualitos.

Pero Juan demasiado hacía con tenerse en pie y sus ojos no distinguían el trigo de la cebada.

Tomó la pala Juanillo.

—Mira, Juan, una pa' mí, una pa' ti y una pa' mí, ¡Vamos a echar un trago!

Juan, que se tambaleaba todo, abrió por un instante los ojos y se iba con Juanillo a empinar la botella. Poco después regresaban al montón y Juanillo seguía el reparto.

—Una pa' mi, una pa' ti y una pa' mi. Vamos a echar un trago, Juan, que este año te casas con la Liandra.

Así estuvieron el resto de la tarde, trago va y trago viene, de la botella al montón y del montón a la botella. Dos para Juanillo y una para el pobre Juan, que estaba más feliz que unas pascuas.

Cuando ya no hubo montón y sí dos bien desiguales, Juanillo dijo a Juan:

—Mira, Juan, se acabó lo que se daba. Ya no hay más trigo. Busca los sacos que nos vamos a casa.

Juan arqueó las cejas cuanto pudo, miró los montones, y, agachándose para ver más de cerca, dijo:

—¡Cojones, Juan! Si no hubiera estado yo presente, diría que el tuyo es el doble de grande que el mío. Yo creo que me has...

Juanillo no le dejó terminar y, sin previo aviso, le dio una patada en el culo que lo mandó hasta el montón de la paja.

Y allí se quedó Juan durmiendo la mona hasta el día siguiente.

Y colorín colorao,

este cuento se ha (a) cabao.

## La cabra y los siete cabritillos

Una cabra tenía siete cabritillos. Vivían contentos y felices en una vieja choza a las afueras de Torralba. La puerta siempre estaba cerrada con llave por miedo a los lobos que noche y día merodeaban por los alrededores. Mamá cabra no se cansaba de recordar y recordar a sus hijos el cuidado de tener bien trancada la puerta con cerrojo. Si en un descuido entraba el lobo, los devoraría a todos.

Una mañana, mamá cabra debía salir en busca de alimentos. Reunió a los siete cabritillos y les dijo:

—Hijitos míos, tengo que salir a buscar alimentos. Ya sabéis cómo habéis de portaros mientras yo esté fuera. Cerrad bien la puerta y no la abráis a nadie.

—Mamá, puedes irte tranquila. No abriremos a nadie —respondieron a coro todos los cabritillos.

Mamá cabra se fue. Pero los cabritillos pronto olvidaron las recomendaciones de la mamá y se pusieron a jugar.

Al cabo de un rato golpearon la puerta.

—¿Quién es? —preguntó el mayor de los cabritillos.

—Abridme la puerta, que soy vuestra madre y os traigo de comer.

—No, no la abriremos —respondieron todos los cabritillos. Nuestra madre tiene la voz suave y clara, y tu la tienes áspera y ronca. Tu eres el lobo, no, no la abriremos.

Y todos a la vez se rieron a grandes carcajadas, pensando en la cara furiosa que estaría poniendo el lobo.

El lobo se marchó discurriendo como podría cambiar su voz y engañar así a los cabritillos y comérselos a todos. Se fue derecho a uno de los gallineros de «la plazuela» y se comió todos los huevos que había en los nidaes. Luego, sonrió satisfecho al sentir su voz suave y clara como la de la cabra. Y relamiéndose los bigotes, se dirigió volando a la choza de los cabritillos.

Golpeó la puerta con suavidad.

—¿Quién es? —preguntó uno de los cabritillos.

—Abridme la puerta, que soy vuestra madre y os traigo de comer.

Esta vez, los cabritillos quedaron confundidos porque la voz era clara y suave como la de su mamá. Algunos de ellos se lanzaron hacia la puerta para descorrer el cerrojo, pero el mayor de todos los apartó de un empujón.

—Enséñanos una de las manitas y te creeremos.

El lobo, entonces, pasó una pata por el agujero de la puerta, una pata negra y sucia.

¡Uuuuuuuy! No te abriremos —contestaron todos los cabritillos—. Tú eres el lobo y no nuestra madre. Mamá tiene las manos blancas y la tuya es negra y sucia. Vete de ahí, lobo mentiroso.

Avergonzado y más furioso todavía, se marchó el lobo con el rabo entre las patas. Pero no se dio por vencido. A todo correr se fue al molino de Torralba.

—Molinero, si no quieres tener líos conmigo, píntame de blanco estas condenadas patas. Esta noche tengo una boda y quiero ir muy elegante.

Tomás, el molinero, hizo lo que le mandaban sin chistar.

Con las patas bien limpias y blanqueadas, el lobo se dirigió hacia la choza, relamiéndose los bigotes.

Por tercera vez golpeó la puerta.

–Hijitos míos –llamó con una voz suavcita–, abridme la puerta, que soy vuestra madre y os traigo de comer.

–A ver, enseñanos las patas para que te creamos.

El lobo, muy contento, pasó sus patas por uno de los agujeros de la vieja puerta.

Eran tan suaves y tan blancas las patas del lobo que los cabritillos no dudaron y abrieron la puerta esperando encontrar a su mamá. Pero, ¡qué susto!, al ver la cabeza del lobo, que de un brinco tremendo se coló en la choza.

–Ahora me las pagaréis todas juntas –gritó el lobo–, mientras enseñaba unos colmillos terribles.

Y sin más, comenzó el festín tan esperado.

–Gruauuuug, ¡uno!; gruauuuug, ¡dos!; gruauuuug, ¡tres!; gruauuuug, ¡cuatro!; gruauuuug, ¡cinco!; gruauuuug, ¡seis! Falta uno. No importa. Otro día me lo zamparé.

Y salió de la choza relamiéndose los bigotes y riéndose a carcajadas.

–Y se creían que no los iba a engañar, ja, ja, ja, ja, ja.

Había comido tanto el lobo que le entró sueño. Con la barriga llena y la boca llena de sangre, se dirigió a un lugar tranquilo, con buena sombra y hierba abundante.

–¡Aaaaah! –bostezó, despreocupado y somnoliento–. ¡Qué sueño tengo! ¡Qué bien voy a dormir!

Y a los pocos minutos roncaba como si nada malo hubiera hecho.

Poco después, llegó la cabra sudorosa e intranquila, cargada con muchos alimentos.

–A ver, hijitos míos, abridme la puerta que soy vuestra...

Pero qué sorpresa más horrible cuando vio la puerta abierta y toda la casa patas arriba. Llena de pena, comenzó a llamar a sus hijitos por sus nombres, pero en vano. Nadie contestaba. ¿Cómo iban a contestar si estaban en la barriga del lobo?

Pensó lo peor, sintió algo horrible que le subía por la garganta y rompió a llorar desconsoladamente.

Al oír el lloro de su mamá el más pequeño de los cabritillos, que estaba escondido debajo de la cómoda, salió corriendo, abrazó a su mamá y le explicó como el lobo se había comido a sus hermanitos. ¡Cómo lloraba mamá cabra!

Pero como todas las mamás son muy valientes, sin pérdida de tiempo, salió en busca del lobo acompañada del cabritillo, que no quiso quedarse en casa.

Pronto dieron con él, que dormía y roncaba bajo la sombra de los árboles.

–¡Ah, bandido! –dijo mamá cabra–. Ahora me las pagarás todas juntas.

Ya iba a abalanzarse sobre él, cuando vio que algo se movía en la barriga del asesino. Sin pensarlo dos veces, mandó al pequeño a casa.

–Mira, Blanquito, corre a la choza y tráeme una tijera, una lezna y el hilo más fuerte que veas. Corre y regresa pronto.

A mamá se le hizo un siglo el viaje de Blanquito.

Cuando volvió con todas las herramientas, mamá cabra fue cortando con mucho cuidado la barriga del lobo, y todos, todos los cabritillos fueron saliendo vivos y contentos otra vez.

—Corred al río —dijo mamá cabra— y traed las piedras más grandes que encontréis.

Así lo hicieron y, una vez cosida la barriga del lobo, todos se escondieron detrás de los árboles.

Al poco rato, se despertó el lobo bostezando y de muy mal humor.

—Auuuuuuuuug, qué sed tengo —dijo estirando las patas—. Parece que he comido piedras.

Y como tenía mucha sed, medio dormido y tropezando en el camino como un borracho, se acercó al río, estiró el pescuezo y... el peso de las piedras lo arrastró y le hizo caer de cabeza al agua.

—¡Que me ahogo, que me ahogo! —gritaba el lobo en su desesperación.

Y aunque sabía nadar, como tenía tanto peso en la barriga, se hundió sin remedio, mientras mamá cabra y los siete cabritillos salían de su escondite, saltaban y brincaban de alegría.

Luego regresaron a la choza y...

Fueron felices

y comieron perdices,

y con los huesos

nos dieron en las narices.

### **Brazo, brazo, dónde estás**

En una casa del pueblo vivía una muchacha con su padre y la madrastra. Su mamá había muerto cuando ella era muy pequeña. Tan sólo la conocía por un cuadro que guardaba sobre el armario de su cuarto. Cuando estaba muy triste o le pegaba la madrastra, se encerraba allí, lloraba mirando a su mamá y conversaba con ella hasta que se dormía.

La niña era muy buena y obediente pero la madrastra no podía ni verla. Por cualquier cosa le reñía, le daba golpes en la cabeza y a veces llegaba a arañarla. Siempre andaba muy mal vestida y despeinada.

La víspera de San José, la madrastra hizo buñuelos. La niña hizo muchos viajes a la tienda para traer aceite, harina, huevos, azúcar y tantas cosas que hacen falta. Siempre obedecía de buena gana, pero esta vez iba y venía volando porque le gustaban mucho los buñuelos. La madrastra, que era muy mala, una vez que tuvo todo lo necesario, dijo a la niña:

—¡Ojo con probar ni uno solo de los buñuelos! Si te pilló comiendo uno aunque no sea más que uno, te corto la mano.

La niña se asustó. Se fue a su cuarto y se echó sobre la cama.

Pero no conseguía dormir. Hasta allí llegaba el olor de los buñuelos. ¡Qué ricos estaban! ¡Si pudiera probar uno siquiera!

Se levantó y se acercó a la cocina. Sobre la mesa grande había una fuente de buñuelos, calenticos, tostadicos, con una fina capa de azúcar sobre la tierna corteza. ¡Quién pudiera probarlos! —pensaba. La boca se le hacía agua. No podía resistir la tentación.

En un descuido de la madrastra, agarró un puñado de buñuelos con tan mala suerte que algunos se le cayeron al suelo. El ruido delató a la pobre niña y la madrastra se lanzó sobre ella como una furia.

—¿Con que robando buñuelos, eh? ¿No dije que te cortarí la mano si te veía comer uno?

Y dicho y hecho. Con el cuchillo grande de la cocina, de un tajo, le cortó la mano. La pobre niña dio un grito terrible. Pero nadie en el pueblo se enteró porque la casa era muy grande.

—Y ahora —rugió la madrastra— te lo vas a comer entero, si tanta hambre tienes. ¡Ahora mismo, he dicho! Y no me engañes, que te conozco, bruja más que bruja.

La niña estaba pálida de dolor y de miedo.

Tomó el brazo y lo escondió bajo la ropa de la cómoda de su cuarto. Volvió a la cocina donde la madrastra estaba haciendo los buñuelos como si tal cosa.

—¿Ya te lo comiste? —preguntó la madrastra.

—Sí —respondió la niña.

—Vamos a ver. Brazo, brazo, dónde estás. Brazo, brazo, dónde estás...

La madrastra recorrió todas las habitaciones de la casa buscando dónde lo habría escondido.

—Brazo, brazo, dónde estás... Brazo, brazo, dónde estás...

—En la cómoda estoy... en la cómoda estoy —se oyó una voz cuando entraron en la habitación de la niña.

La madrastra agarró el brazo y se lo dio a la niña.

—O te lo comes o te mato —rugió de nuevo con el cuchillo en la mano.

La niña, con su brazo en la mano, pensó dónde lo escondería para que la madrastra no lo hallase. Se le ocurrió en lo alto de una de las maderas del granero.

Pero hasta allá llegó la madrastra.

—Brazo, brazo, dónde estás... Brazo, brazo, dónde estás...

—En la bóveda estoy... en la bóveda estoy...

Roja de rabia, la madrastra se lo arrojó a la cara y le dijo que, si al terminar de freir los buñuelos no se lo había comido, la mataría sin remedio.

La pobre niña ya no sabía que hacer. Cerró los ojos y se lo fue comiendo poco a poco. Sentía unas náuseas horribles, se sentía morir. Luego se dirigió a la cocina.

—¿Te lo comiste o no te lo comiste? —preguntó la madrastra.

—Sí, madrastra —respondió la niña, a punto de desmayarse.

—A ver, brazo, brazo, dónde estás...

—En la tripa estoy... en la tripa estoy...

—Bien. Así se castiga a las chicas desobedientes como tú. Y ya cenaste. ¡A la cama!

La niña se fue a la cama y se durmió.

A la mañana siguiente, al ver que no se levantaba, la madrastra fue a su

cuarto. Estaba muerta. Seguramente murió envenenada, o que Dios la castigó por comerse su propio brazo.

Y colorín colorao

este cuento se ha (a) cabao.

### Las dos hermanas

A la izquierda de «risco royo», vivía hace mucho tiempo un matrimonio con dos hijas de corta edad. El papá bajaba a trabajar a los pueblos cercanos, la mamá hacía las labores de la casa y las niñas, después de la escuela, jugaban por los alrededores de una fuentecilla que manaba por allí cerca.

No se sabe por qué la mamá murió y las niñas quedaron solas y muy tristes. Ellas se ocupaban de los quehaceres de la casa mientras su papá pasaba todo el día en las faenas del campo. ¡Qué miedo si venían los lobos, o los salteadores de caminos, o las águilas del monte:

El papá no tardó mucho en casarse de nuevo y desde entonces comenzó un verdadero martirio para las niñas. La madrastra las trataba muy mal. Las niñas se levantaban muy temprano, de noche ciego, con el frío que hace por la mañana en esos lugares. Lavaban, fregaban, barrían, iban a buscar leña al monte, aunque no hiciera falta. Es que la madrastra deseaba de todo corazón que se perdieran por el monte y no regresaran más.

Durante el invierno, caen grandes nevadas sobre el monte y la peña. La nieve permanece días y días sin deshacerse, se hielan los manantiales y cuesta mucho hacerse con un poco de agua. Eso ocurrió entonces también. La fuentecilla cercana a la casa se heló de tal forma que ni siquiera con un pico se pudo romper el hielo.

—No hay una sola gota de agua en la tinaja— dijo una tarde la madrastra a las niñas—. Vayan a la fuente de Codés con los cántaros y vuelvan a toda prisa para hacer la cena. Vuestro padre llegará cansado y lleno de frío y querrá cenar pronto.

Las niñas se abrigaron bien y se fueron.

Como habían hecho el camino muchas veces, llegaron pronto a Codés. Llenaron los cántaros hasta arriba y regresaron sin perder un minuto por que se estaba haciendo de noche.

Con el peso del agua tenían que pararse a cada rato a descansar. Además se hundían hasta las rodillas en la nieve y apenas avanzaban. Total, que se perdieron en el monte. ¡Pobres hijas! ¡Cómo gritaban pidiendo ayuda, pero nadie las oía!

Entre tanto, la madrastra rabiaba por la tardanza de las muchachas. No sé cuántas veces abrió y cerró la ventana de la cocina para ver si venían, pero nada.

Llegó su marido helado de frío, echando juramentos y pidiendo la cena. La madrastra echó la culpa a sus hijas, que se habrían quedado por el camino jugando o tonteando con algún pastor.

El hombre se acostó hasta que estuviera preparada la cena.

Pero las niñas no llegaron.

Antes de acostarse, la madrastra abrió por última vez la ventana. Todo el monte era como un manto de nieve. No se oían ruidos ni pisadas. Todo era silencio y nieve.

—¡Ojalá os convirtáis en piedras! —dijo la mala mujer mientras pasaba la falleba de la ventana.

A la mañana siguiente, dos enormes piedras habían aparecido a la izquierda de la casita, una más alta que la otra.

Desde entonces se les conoce como «Las dos hermanas» y la fuentecilla cercana a la casa, como «la fuente de las dos hermanas».

¡La madrastra! No hay ninguna buena. Una que hicieron de miel, se convirtió en hiel.

### El milagro de la Virgen de Codés

La Virgen de Codés no siempre estuvo en el lugar que conocemos hoy. En una época muy lejana, los vecinos de Torralba quisieron tenerla más cercana y construyeron una ermita a la altura del «duesto», un poco antes de los pinos. El lugar actual les parecía muy alejado y peligroso a causa de los robos que hubo en más de una ocasión.

Los albañiles del pueblo se encargaron de la construcción. Acarrearon piedra del monte y, con la colaboración de todos, pronto estuvo terminada la nueva ermita.

Un buen día de septiembre, cuando ya las cosechas estaban recogidas, subió en procesión todo el pueblo de Torralba a Codés y bajaron a la Virgen a su nueva casa. Carretera arriba, la iglesia de Torralba lucía sus mejores galas: los pendones de las tres cofradías, las andas recién pintadas y un ciento de docenas de cohetes. Fue una jornada de regocijo y de fiesta. Nunca como ahora, la Virgen les pareció más guapa y cariñosa. Su manto cuidaría de los campos, de los enfermos y de las familias de Torralba.

Los pueblos vecinos no vieron que los de Torralba mudaran de su lugar a la Virgen. Codés pertenece a todos, decían. El que la ermita esté en su adjudicación no les da derecho a mandar en ella. Y hubo quienes dijeron que la Virgen castigaría al pueblo por entrometido e irrespetuoso.

Terminada la fiesta con el rezo solemne del Rosario, los de Torralba regresaron al pueblo, quemando los últimos cohetes.

A la mañana siguiente, la noticia voló por las calles, las huertas y los campos. La Virgen no estaba en la ermita. Así lo decían, y era cierto, los labradores que habían ido a trabajar por los alrededores.

Los cofrades regresaron a toda prisa con sus carros y bueyes y salieron a buscarla.

Antes del mediodía, la encontraron en la antigua ermita, sobre el trono que había ocupado desde siempre.

Mucho se discutió en el pueblo sobre lo ocurrido y las opiniones se dividieron. Algunos decían que se trataba de una mala jugada de los pueblos vecinos, envidiosos de Torralba. Otros, los menos, afirmaban que era cosa de la Virgen por haberla sacado de su lugar preferido. Que la dejaran allá, que allá bien estaba. Y hasta alguna vieja murmuró por lo bajo

que la Virgen de Codés no quería entrar en competencia con la Virgen de Bañano.

Se reunió la Junta de cofrades para tomar una decisión. Por unanimidad se aprobó que se bajara la imagen a la nueva ermita.

Así se hizo.

Pero a la mañana siguiente la Virgen apareció otra vez en el lugar de siempre.

Los cofrades resolvieron sin mayor discusión bajarla de nuevo y vigilar día y noche el lugar.

Todo se hizo como otras veces. Pero esa misma noche la Virgen burló la presencia de los vigilantes y se fue a la antigua ermita. Estos no sabían qué había ocurrido, ni cuándo o cómo había desaparecido la imagen. Juraron ante la Junta de cofrades que habían guardado bien la puerta toda la noche y que, sin embargo, no habían visto nada.

—¡Milagro! —gritó uno de los cofrades.

—¡Milagro! —contestaron los demás a coro.

—¡Milagro! —se oyó por la calle Mayor y los arrabales. La Virgen de Codés ha hecho un milagro.

El cierzo de la Peña se llevó la voz —río abajo— hasta Torres, saltó al valle de La Berrueza y a Santa Cruz de Campezu, cruzó la sierra y corrió hacia las orillas del Ebro.

Torralba comprendió que la Virgen no aprobaba lo que habían hecho. Organizaron una procesión de penitencia y subieron a pedirle perdón. Fue un día triste y doloroso.

La nueva ermita quedó abandonada. La lluvia, el viento y la nieve acabaron con ella en poco tiempo. Sólo está en pie uno de sus pilares. Nadie ha podido tirarlo. Seguro que la Virgen lo mantiene así como recuerdo y aviso para todos nosotros.

## La ventana del diablo

«La Peña de la mujer» tiene unos ciento cincuenta metros de altura. Es una verdadera pared: lisa y delgada. Nadie ha sido capaz de escalarla.

Debajito del alero, presenta una ranura rectangular llamada desde tiempo inmemorial «la ventana del diablo».

Muchas historias se cuentan de ella.

Cuando el camino del puerto era paso de viajeros y caballerías, todos temían pasar por ese lugar. Allí vivía un diablo que se asomaba a la ventana al anochecer y con una voz ronca y tenebrosa insultaba y amenazaba a los transeúntes.

—¡Si bajo, os machacoooooooooooo!.. —gritaba el diablo colgado de la ventana.

Que se conozca, nunca bajó. Pero en la noche, el eco de sus gritos infernales entre las peñas y las cabriolas que hacía, atemorizaban a los viajeros y caballerías. Más de una vez, caballo y caballero rodaron por los cascajales.

Con el tiempo, estos aprendieron a ganarse la benevolencia del diablo. Al pasar delante de la peña, se detenían y le dirigían las siguientes palabras:

–Diablo de peña blanca,

¡déjanos pasar!

Que somos de Torralba

y vamos a Santa Cruz a comprar.

No se sabe si por la actitud sumisa de los viajeros o por lo de «Santa Cruz» el diablo dejaba de insultar y de amenazar y se dedicaba a hacer las más extrañas y difíciles cabriolas colgado de la ventana. Los viajeros aprovechaban entonces para escapar monte abajo.

Al desaparecer las Ferias de Santa Cruz, el camino del puerto quedó desierto. Desde hace mucho tiempo no se ha vuelto a saber nada del diablo. Allí queda solamente la ventana para recuerdo y comentario de la gente.

Al pasar por aquel lugar, no olvidéis hacer la señal de la cruz.

### La fuente de los nenes

Subiendo a «la llana» por el puerto, a la izquierda, hay una fuentecilla llamada «la fuente de los nenes». Todos han oído hablar de ella pero muy pocos la conocen. Para llegar hasta el manantial, hay que cruzar pasos muy peligrosos y escarpados. Allí está, sin embargo, casi a 1.400 metros de altura, sobre la roca viva. Los pastores la visitan con frecuencia, y todos los animales del monte. ¡Qué agua más sabrosa en los días calurosos de verano!

Unos dicen que la encontró un pastor de Torralba, perdido entre aquellos precipicios y barrancos. Otros aseguran que fue revelada por un ángel a un niño a punto de morir de sed. Pero la verdad de la historia es muy diferente.

Con motivo de las fiestas de Santa Cruz, mucha gente de Torralba y de otros pueblos del valle, cruzaban la peña por el puerto. A comienzos de diciembre, anochece a media tarde y a veces la niebla y la nieve hacía muy difícil el regreso.

No se sabe por qué, una mujer en estado hizo el viaje sola. Lo cierto es que entre la niebla y la noche se perdió por el camino. Cobijóse como pudo a los pies de una gran peña que desde entonces se llama la «peña de la mujer» y dio a luz un hermoso niño.

Cuando pudo levantarse, buscó agua para lavar los pañales de la criatura y calmar la sed. En medio de aquella desolación, ¿a dónde podía dirigirse? Anduvo y anduvo por entre aquellas peñas tan escabrosas hasta que encontró una fuentecilla.

Desde entonces se conoce la fuente y se le llama «la fuente de los nenes».

### La bruja que se convertía en gato

En tiempos de nuestros tatarabuelos, existían las brujas y en Torralba había muchas. Eran mujeres muy viejas, feas, siempre despeinadas y con una nariz larga y ganchuda. Salían de sus escondites durante la noche,

entraban en las casas por las ventanas abandonadas y a veces pasaban la noche en las maderas de los graneros.

Las brujas tenían el poder de convertirse en animales y de esa manera andaban por el pueblo sin ser reconocidas. Les gustaba mucho convertirse en gatos y lechuzas.

A una de ellas le dio por convertirse en gato. Salía de noche, iba de corral en corral y dormía sobre las costillas de los animales.

Durante un invierno, algunos bueyes del pueblo comenzaron a enfermarse. Se les notaba desgastados, tristes, sin fuerzas para nada. El veterinario no sabía explicar el por qué, ni encontraba remedio alguno. Ya eran muchos los bueyes que se encontraban enfermos.

El abuelo «cabañas» vigilaba hasta las tantas de la noche el corral de los animales. Se le había metido en la cabeza que la enfermedad era cosa de brujas. Desde que anochecía, bajaba muchas veces el corral, echaba la luz, examinaba uno por uno los animales, y subía a la cocina.

Cierta noche, encontró a un gato acostado sobre las castillas de uno de los bueyes. Dormía con los ojos abiertos y huyó en cuanto sintió al viejo «cabañas».

El hecho se repitió durante varias noches.

El viejo «cabañas» se dispuso a terminar con las visitas del gato, que para él era una verdadera bruja. Preparó una buena estaca y bajó al corral. No echó la luz y se acercó despacio a los bueyes.

Allá estaba el gato, sobre el lado derecho del animal, durmiendo o haciendo que dormía.

Sin pensarlo más, descargó un garrotazo tremendo sobre la cabeza del animal. El gato se despertó pero no se movió. El abuelo «cabañas» se asustó. Levantó la estaca y descargó otro golpe más fuerte todavía. El gato no se movía ni daba muestras de sentir el golpe.

El abuelo «cabañas», estaca en mano, sintió que estaba temblando en la oscuridad del corral. Se santiguó.

—Fuera de ahí, bruja más que bruja... —gritó descargando otro golpe en la cabeza del animal.

Al verse reconocido, el gato se levantó, hinchó los bigotes y con unos ojos que relampagueaban como ascuas, dijo burlándose:

—Cabañas cabanillas,  
tú que tienes barbas e hilas,  
¿por qué no te las trasquilas?

—Anda de ahí bruja, más que bruja... —gritó el abuelo «cabañas» blandiendo la estaca.

La bruja dio un salto, ganó la gatera del pajar y desapareció.

A la mañana siguiente, el abuelo «cabañas» examinó las espaldas del buey y vio que estaba escrito «cabañas» sobre el lugar que dormía el gato, apodo que no le gustaba nada. Por más que hizo por borrarlo, fue imposible.

Desde aquella noche, el animal sería llamado «el buey de cabañas». Y el pobre viejo, que tantas grescas había armado con la gente del pueblo por causa del mote, tuvo que conformarse con él hasta la muerte.

Y colorín colorao  
este cuento se ha (a) cabao.

### La bruja que se convirtió en clavo

Una noche de invierno bajó el abuelo Elías a echar pienso a los animales. Era ya muy tarde porque había estado jugando al mus con unos amigos. Pero, por nada de este mundo, se habría ido a la cama sin dar un vistazo a los pobres animales y echarles un haz de forraje.

Por suerte, aquella noche había muy buena luz y bajó a los corrales sin el candil. Los animales conocían muy bien al abuelo y, al sentirlo, se levantaron mugiendo y relinchando cariñosamente.

—Ya voy, ya voy —les decía el abuelo, contento y satisfecho de la partida del mus y de las copas de coñac—. Ya voy, hombre, que hoy es Domingo y hay que divertirse un poco.

El abuelo Elías fue al pajar de las ovejas y trajo unas cuantas brazadas de esparceta que repartió entre los animales. El calorcito del corral, las copas de coñac y los gestos agradecidos de los animales tenían al abuelo verdaderamente contento y animado.

—Bueno, bueno, —decía en voz alta— a comer y a dormir, que mañana es lunes y hay muchas cosas que hacer.

Y mientras conversaba con sus viejos compañeros, espantaba las pajas adheridas a la ropa de fiesta que no se había quitado todavía.

De repente, se fue la luz. El abuelo Elías no se asustó lo más mínimo porque esto era muy corriente. Algo habrá pasado en la represa de Genevilla o algún poste del tendido... —pensó el abuelo. El problema era cómo llegar hasta la puerta de las escaleras sin tropezar con algún tabique o cualquier cosa del pasillo.

Y comenzó a tantear las paredes húmedas y frías, llenas de clavos, cuernos y estacas de las que colgaban los aparejos del ganado. Caminaba despacio tratando de evitar un mal paso. El pasillo era largo y quien sabe qué habrían podido dejar por el suelo las mujeres o los chiquillos: un zadón, un hacha, cualquier cosa.

El abuelo caminaba con los cinco sentidos puestos en las paredes y en el piso, cuando sintió que alguien le tiraba desde atrás.

—¡Qué jodienda es esta! —gritó, mientras se ajustaba la boina.

Trató de dar otro paso pero el tirón se hizo más fuerte y se paró en seco. ¡La cosa tiene cojones! —dijo para sus adentros.

—¿Hay alguien por ahí, —preguntó el abuelo con una voz que no tenía precisamente el brío de sus mejores juramentos.

Pero sólo se oía el chascar presuroso de los machos y algún otro gruñido de los cerdos.

El abuelo Elías se quedó quieto e inmóvil como un poste. Recordó sin alegría la última partida al mus y el «órdago a la grande» que le había cascado al Tomás y el descomunal juramento de éste y la algarabía que se armó en la mesa de la taberna. Pero no se atrevió a dar otro paso, no fuera a sentir la mano huesuda y ganchuda que lo agarraba por las espaldas como los ganchos que se usan para matar cerdos.

No te muevas, Elías, que es una bruja, ¡la madre que las parió! Seguro que estaba colgada del techo y no la ví.

La campana de la torre, «la garbancera», dio la hora. El abuelo Elías no las contó, pero nunca había escuchado campanadas tan tristes y melancólicas.

Quieto como un poste, el abuelo Elías sintió que la soledad, el miedo y el frío le penetraban todos los huesos. No se le ocurrirá a la Juana bajar, no, pensó. ¡Qué mujeres del coño! ¡No sirven para nada! Hasta el perro, el viejo Lobi, había desaparecido. Seguro que estaba embrujado.

La mano huesuda y ganchuda seguía tirando de la chaqueta. El abuelo Elías ni siquiera se acordó de persignarse, ¡qué hombre más tonto, por Dios! Las brujas huyen cuando ven la señal de la cruz.

No hay más remedio que pasar la noche quieto, Elías. No te muevas y no le jodas la paciencia a esta maldita bruja, la madre que las parió a todas si la agarro mañana la mato como hay Dios que la mato. Y la Juana, que se espere, mañana mismo le doy un garrotazo, qué manía de estar siempre en la cocina. Como hay Dios que mañana no se salva.

Mientras así juraba y perjuraba, un gato saltó de uno de los pesebres y se fue de bruces a las piernas del pobre Elías. El susto fue mayúsculo. Abrió los ojos y, sin saber cómo, se deshizo de la chaqueta y alcanzó la puerta de las escaleras.

Un minuto después estaba ya en la cama, se persignó mirando a la Juana y se durmió en un santiamén.

A la mañana siguiente, el abuelo Elías no contó nada a nadie. Bajó al corral y allí estaba la chaqueta colgada de uno de los clavos de la pared con un tremendo agujero a la altura de las solapas. Durante toda la mañana anduvo buscando una excusa que convenciera a la Juana del desastre de la chaqueta.

Unos días después, el abuelo contaba a los nietos un cuento de brujas titulado *la bruja que se convirtió en clavo*. La abuela Juana que lo escuchaba mientras preparaba la cena, le preguntó maliciosamente: ¿... Y quién te contó ese cuento? El abuelo no respondió una palabra, pero los nietos no se explicaban por qué el abuelo estaba tan de mal humor aquellos días y se negaba a contar cuentos de brujas.

## El brujo de Bargota

En tiempos pasados, vivió en Bargota un brujo muy famoso en toda la comarca. Era conocido como Juanis de Bargota o el brujo de Bargota.

Aún pueden verse en esta villa las ennegrecidas ruinas de su casa, que, según cuenta la tradición, edificó por artes y conjuros en una sola noche. Todo el mundo sabe que, en las primeras horas de la madrugada, óyense lamentos de personas invisibles: son los gritos de Juanis y de su ama que están en pena. ¡Desgraciado de aquel que se atreva a construir sobre «la casa de Joahannes». Por espacio de muchos años estuvo sin habitar, pues se la consideraba maldita y nadie se atrevía a entrar. Todavía hoy se la mira con prevención y temor. Cuando se puso en venta, ningún vecino se interesó por ella a pesar del bajísimo precio en que fue tasada.

Nadie sabe dónde ni cuándo adquirió Juanis los poderes mágicos que le permitían realizar los hechos prodigiosos que se le atribuyen.

### La nube viajera de Juanis

Johannes, después de rezar el oficio matutino, montaba en una nube, cubría su cuerpo con una capa que lo hacía invisible y, en un santiamén, se trasladaba a las orillas del Ebro a las afueras de Viana, donde tenía las mejores fincas. Por la tarde, regresaba de la misma manera a los oficios vespertinos. Algunas veces, sobre todo en verano, cuando amanecía el cielo despejado y limpio de nubes, pasaba buenos apuros para viajar a sus campos. Pero Juanis no se preocupaba demasiado. Sabía que allá, en lo más hondo del cauce del Ebro, rara vez deja de formarse en la madrugada una pequeña faja de niebla. Subía a lo más alto de un cogote desde donde se divisaba el río, aspiraba con toda la fuerza de sus pulmones y, como si fuera un imán, atraía hasta sus pies un girón de aquella niebla. Sentábase sobre ella, se arrebujaba en su capa visible y al instante la niebla regresaba al río, apeándose el viajero en sus orillas. Y, ¿qué hacer por la tarde si el cielo permanecía azul y sin nubes? Llamaba con sus conjuros al cierzo. La Peña de Codés, al contacto con este viento frío, se cubría de niebla; aspiraba Juanis con toda su fuerza hasta desprender una guedeja, montaba sobre ella y... a Bargota. Desde entonces, no falta niebla en el Ebro por la mañana ni deja de «fumar» la Peña de Yoar por la tarde.

### Nieve de Agosto

Los sábados, las horas de Juanis se envolvían en el misterio. Nadie lo veía en la tarde ni en la noche, pero siempre llegaba puntual al oficio divino que precedía a la misa parroquial del domingo.

A veces, llegaba calzado con botas de montar, cubierto de barro hasta la rodilla y con el manteo salpicado también de lodo. Al cruzar el pórtico de la iglesia, solía murmurar entre dientes: «aquello no es el prado de Cantabria; aquello es el barrizal del infierno». Quienes lo oían santiguábanse escandalizados. En cierta ocasión, el 15 de agosto (fiesta de la Virgen) cayó en domingo. Como siempre, se presentó en el atrio de la iglesia un minuto antes del Introito de la Misa solemne. Sus convecinos, al verlo, unos rieron y otros se espantaron: traía el sombrero y la parte superior de la capa cubierta de nieve. Al notar los aspavientos de la gente, Juanis, que había olvidado sacudir la ropa antes de entrar en el pueblo, exclamó con voz que todos oyeron: «¡ay, qué diablos! ¡Cómo nieva en los Montes de Oca! Aquella noche había estado en los aquelarres de los montes de Castilla, en los que no era raro que nevara en agosto. En una sola noche había hecho el viaje desde aquellos parajes, que distan de Bargota más de veinte leguas.

### Juanis y Juan Lobo

Juanis conoció al famoso Juan Lobo, capitán de bandoleros que en aquellos tiempos tenían su guarida en una de las cuevas de la Peña de la

Concepción. Juan y los suyos eran los dueños y señores de los tres valles (Aguilar, La Berrueza y Santa Cruz de Campezu) a base de robos y atropellos.

Salió una tarde Juan Lobo y uno de sus compañeros a saltar el camino de «la espina» de Azuelo, por donde debían regresar los vecinos de este pueblo después de vender sus cargas de trigo en Logroño.

Un pastor de cabras que los reconoció desde lejos, avisó a Torralba. Pronto se juntó un grupo de más de veinte arcabuceros. Cargaron las armas y se dirigieron hacia el lugar. Una bandada de cuervos avisó a este de la proximidad e intenciones de los cofrades. Juan Lobo huyó hacia Bargota, logrando entrar en la casa de Juanis sin ser visto por nadie.

Los perseguidores y los vecinos del pueblo con su regidor al frente, hicieron todas las pesquisas necesarias para dar con el bandolero sin ningún resultado. Aquella noche, cerradas las puertas de la villa, establecieron guardias en todos los caminos de salida, pero nada anormal se observó esa noche ni al día siguiente. Nadie pudo dar señales del bandido.

Días después, un rumor se extendió por el pueblo. Juan Lobo —se decía— pasó la noche con Johannes. Por la mañana, prestó al bandido su capa invisible, y con ella embozado, cruzó el portal de la iglesia, tomó el camino de Espronceda y llegó sano y salvo al castillo de Punicastro.

Personas mejor informadas decían, sin embargo, que Juanis y su huésped se habían encerrado en el cuarto de los ungüentos, y convertido Juan Lobo en gato negro, había escapado a través del campo; que varios peones habían visto a un enorme gato negro y untuoso cruzar velozmente las fincas aquel día; que un pastor de Espronceda había perseguido a un gato de pelo brillante como la seda que, metiéndose entre las ovejas, las llevaba espantadas por cogotes y despeñaderos, pereciendo algunas de ellas; que, habiéndole dado un tremendo garrotazo, dejóle tendido y casi muerto en el suelo, y que, intentando acabar con él, dióle un segundo golpe que lo reanimó y lo volvió a su estado sano y natural, huyendo después con gran sorpresa del pastor; que éste se convenció más tarde de que el tal gato no era gato y sí una tremenda bruja, y que, por lo tanto, debió darle uno, tres o cinco garrotazos, es decir, un número impar para acabar con él.

Todo esto se dijo y se creyó en el pueblo. Pero lo cierto fue, según lo contó el mismo Juan Lobo, que Johannes vistió al bandolero con su capa y manteo, con sus zapatos de hebillas y calzas negras, su sombrero de paño negro y ancho alero y, embozado hasta los ojos por el frío mañanero que bajaba de la peña, pasó el portal y tranquilamente llegó a Punicastro, siendo visto por muchos y por nadie reconocido.

Las mujeres de Bargota que llevaban el pan al horno, vieron, y así lo contaron, pasar a Johannes aquella mañana con su vestimenta de clérigo en dirección al Valle de Aguilar, a fin de asistir a un entierro de pompa. Mas nada de eso fue verdad. Johannes no salió de su casa en todo el día y en el Valle de Aguilar no hubo entierro de pompa ni de miseria.

Dícese que desde aquel día jamás hizo daño Juan Lobo a los de Bargota, y que, en recuerdo de aquella hazaña, la calle de Bargota por donde pasó y escapó el capitán de Punicastro se llamó y se llama aún «calle de Juan Lobo».

## Juanis ante la Inquisición

La Cofradía de arcabuceros de Torralba, creyéndose burlada por Juanis, denuncióle a la Inquisición de Logroño, que mandó a dos de sus ministros con la orden terminante de prenderle y conducirlo preso a las cárceles de aquella ciudad.

Llegados a Bargota, llamaron en la casa del clérigo. Bajó el ama y comenzó a temblar de pies a cabeza al ver a los ministros de la justicia. Luego se presentó Juanis.

—Ya perdonará vuestra merced —le dijeron— que a esta hora intempestiva interrumpamos el silencio en que vuestra merced vive. Tome, lee y dese preso, que la Santa Inquisición lo ordena.

—Bien saben vuestras mercedes —contestó Johannes— que un clérigo ha de presentarse en hábito decente ante el Sr. Inquisidor. Dejen, pues, que suba y cambie esta ropa ordinaria por la del día del incienso.

Pero los ministros no se fiaron de las buenas palabras de Johannes, quien les rogó que al menos le dejaran cambiar la calceta de la pierna izquierda, que a la sazón tenía más agujeros que una criba.

Tomó en sus manos el candil y mandó a su ama le quitara la calceta. Tiraba ella con sus pocas fuerzas pero la calceta no salía. Y, ayudándose de uno de los ministros, arrancáronle la calceta y la pierna que dentro había, de manera que comenzó a salir un río de sangre. Johannes cayó desvanecido y el ama, desmayada por tan gran susto.

Los ministros estaban espantados pensando que, si el pueblo se aperci-bía, los tomarían por los salteadores de Punicastro y que irían irremisiblemente a la cárcel o quizás al cementerio. Así pues, con el mayor silencio, tomaron a Johannes en sus brazos y lo condujeron a la cama, y cargando al hombro la pierna arrancada como excusa ante el Inquisidor, se alejaron del pueblo. Cuando amaneció, vieron, a la luz de la aurora, que lo que llevaban no era pierna humana sino un tronco de madera, cubierto con medio metro de paño negro y una calceta vieja de lana blanca.

Mientras tanto, el clérigo y su ama dormían como unos benditos y como si nada hubiera pasado.

Al día siguiente, temiendo que aquella aventura no quedara en el olvido, decidió ir a Madrid. Subió a uno de los cerros, y mirando hacia los Montes de Oca, dijo con voz muy clara:

—Nube de Montes de Oca,  
apropícuete a mi boca.

Y, aspirando con fuerza, atrajo una nube blanca. Subiéronse a ella y, una vez sentados, se ocultaron dentro de la nube invisible. Volvió a decir Johannes:

—Nube del mes de abril,  
llévanos a Madrid.

Con gran rapidez cruzó la nube el espacio y, al acercarse a los Montes de Oca y ver que la nube descendía suavemente, Johannes volvió a decir:

—Nube mía, nube alada,  
sigue, sigue tu jornada.

Y en unos instantes se puso en Madrid.

### Juanis en San Fermín

El año de gracia de 1599, Pamplona se disponía a celebrar las fiestas en honor a San Fermín con un inusitado esplendor. Había un motivo especial: los Reyes D. Fernando y Dña. Margarita habían prometido su asistencia.

Llegó Juanis a Pamplona luciendo los mejores capisayos de las fiestas.

Después de dar una vuelta por las calles y plazas de la capital, se dirigió al «Mesón de la Urraca», en el que solicitó habitación y cama para descansar.

La mesonera le respondió que todas estaban ocupadas. Juanis replicó que se conformaría con cualquier cosa, incluso con un ruedo de peludo esparto en cualquiera de las habitaciones de la casa.

Llévole, por fin, Dña. Urraca a una habitación donde se encontraba, en la única cama que allí había, el Abad de Otiñano y un sobrino de unos doce años que habían acudido a Pamplona para conocer al Rey.

Johannes tomó el candil, lo atizó, tosió con fuerza y despertó al buen cura de su tierra. No se tenían ninguna simpatía, pero ambos disimularon la contrariedad de verse encerrados en la misma habitación. El Abad de Otiñano estaba convencido de que dormía aquella noche con un brujo.

Pidióles perdón Johannes, tendió su ruedo de esparto en el suelo y les dijo con voz cavernosa:

—Miren, vuestras mercedes, que yo acostumbro a dormir sin cabeza.

El brujo comenzó a destornillarse la cabeza. Al cabo de seis u ocho vueltas, quedó separada del tronco y la colocó sobre la mesa, mirando con sangrientos y saltones ojos hacia el Abad y su sobrino.

Ver esto, dar un grito de horror y saltar de la cama, fue cosa de un instante. Y en paños menores salieron de aquel lugar disparados como una centella.

Entre tanto, Joahannes, bastante nervioso, ajustó la cabeza al cuello y comenzó a roncar.

Alarmado el mesonero, subió a la habitación acompañada del Abad y de otras personas, y empuñando estacas y garrotes. Pero no faltó nada para que cayeran sobre las espaldas del Abad, por loco y escandaloso, cuando advirtieron la serenidad de Johannes y el orden y silencio que allí reinaban.

El Abad tomó las ropas y las de su sobrino y huyó de aquella posada, maldiciendo la hora en que en ella entrara. Juanis tomó posesión de la cama y, riendo su hazaña, durmió a pierna suelta hasta la mañana siguiente.

### Juanis en Codés

Quince de agosto. Asunción de Nuestra Señora a los cielos. Fiesta grande en el Santuario de Codés. A las diez de la mañana, Misa solemne. Celebra el Cura de Otiñano.

Al saludar al público, ve al brujo de Bargota recostado en uno de los confesonarios de las naves laterales. No puede disimular la sorpresa y llama al monaguillo.

—Dile a ese hombre que salga de la iglesia inmediatamente, que no voy a celebrar la misa delante de un brujo.

Juanis no se inmuta y con el monaguillo le devuelve su respuesta.

—Dile al Sr. Cura que Juanis es también católico y que sabe cumplir con el deber de oír misa y de rezar a la Virgen. Que siga en paz o, de lo contrario, se acordará de mí y de este día santo.

El Cura de Otiñano continuó la misa nervioso e intranquilo. A cada saludo se repiten las amenazas.

«Al orate, fratres» del ofertorio, el Cura no aguanta más y se retira a la sacristía.

Juanis, tranquilo y sereno cruza la nave de la iglesia, entra en la sacristía y, sin más palabras, coge al Cura, se lo echa a los hombros y, en un santiamén, se lo lleva volando hasta las peñas de «las dos hermanas».

—¿No te avisé que si interrumpías la misa ibas a acordar de mí y de este día, terco más que terco? —dice el brujo, sentado ya sobre una de las grandes piedras—. Pues aquí te vas a quedar para que todos te vean y se enteren de una vez por todas que con Juanis no se juega.

Y dicho y hecho. Levantó al Cura sobre sus hombros y, como si fuera un haz de alfalfa, lo arrojó de cabeza peña abajo. Rebotó el Cura en uno de los salientes que encontró a su paso y quedó de pie.

Allí sigue hasta hoy. Todos podemos verlo. En la peña más baja de «las dos hermanas» hay, grabado con líneas toscas, un sacerdote vestido con casulla en actitud de decir «Dominus vobiscum».

Son innumerables los prodigios que se cuentan del brujo de Barga. No se sabe dónde ni cuándo murió, pero fue, sin duda, el brujo más famoso de toda Navarra y de España.

## La caza del moro

—¡Viva San Juan!

—¡Viva San Juan y San Juanillo!

—¡Viva San Juan de Torralba!

Víspera de San Juan. Tarde larga y ancha sobre los campos de Torralba. Suenan gritos de fiesta desde «los valles» hasta la cresta de Figueras.

—¡Viva los Cofrades de San Juan!

La tarde de siega y guadaña convoca a la fiesta. Repique de campanas, cohetes, música y vivas al Santo Patrón. Los cofrades se reúnen en la casa del Abad.

—¡Vivan San Juan!

—¡Viva el Abad!

---

Una madrugada de San Juan, hace muchos años, el pueblo de Torralba vivió una jornada memorable. Un grupo de hombres armados de lanzas, hachas, horcas y bastones, apresó al «moro» que asolaba los campos, los rebaños, las huertas y frutales.

No se sabe de dónde vino él y los suyos. Vivía en «la cueva del moro», bien escondida detrás de «la era del castillo», frente al valle de La

Berrueza. En «la Peña de la Concepción» estaba su atalaya, en un lugar casi inaccesible sobre rocas cortadas a pico, mirador abierto a todos los vientos, a todos los caminos y pueblos de La Berrueza y del valle de Aguilar. Todavía hoy puede verse sobre una de las rocas los poyos en que descansaba el yugo de la campanilla que llamaba a las huestes del moro cuando el peligro amenazaba por los cascajales.

Su campo de acción y de rapiña eran los frutos y ganados de Torralba, Azuelo, Espronceda y Otiñano. De noche o de madrugada, se hacían dueños de las mieses segadas, de los rebaños que dormían en el monte, de las huertas y gallineros cercanos al pueblo.

Un día de junio, los hombres de Torralba se juntaron en el ayuntamiento para tratar el caso. Había que poner coto a los desmanes del moro. Había que darle caza y ahorcarlo.

Un grupo de voluntarios juraron no dormir en casa hasta terminar con él y sus fechorías.

Apostados sobre el camino de las huertas cerradas, los hombres pasaban las noches al sereno, esperando la llegada del moro.

La noche de San Juan era de fiesta en todos los pueblos de la comarca. El alguacil de Torralba, como todos los años, bajó del monte un buen carro de leña y de ollagas. Al anochecer, se encendía la hoguera en «la plaza de los olmos» y el ayuntamiento invitaba a todos los vecinos a vino, aceitunas y queso de cabra. Cuando ya se habían vaciado varios garrafrones de vino, comenzaba «el brinco de la hoguera». Los más valientes, o los de piernas más largas, o los mejores bebedores de vino, desafiaban las llamas primero y luego el rescoldo de la hoguera lanzándose de una a otra orilla. Más tarde, tenía lugar lo mejor de la noche: «el juego del Catafú». Uno de los mozos más fuertes agarraba un pino completo de la hoguera y todos los demás formaban hilera tras él con los pantalones de pana «arremangaos».

—El Catafú que te quemó que te voy a abrasar —vociferaba amenazante dando vueltas en torno a la hoguera.

De repente, Catafú maniobraba el pino encendido hacia su izquierda y toda la hilera de piernas se apartaba hacia la derecha. Un descuido y cualquiera podía recibir un tizonazo mayúsculo. Catafú seguía sus diabólicas rondas en torno a la hoguera. Cuando menos lo esperaban, realizaba la maniobra más peligrosa: dirigía el pino hacia su derecha y toda la hilera tenía que correrse hacia la izquierda, hacia la hoguera. No había más remedio que saltar el rescoldo o las llamas, y más de tres caían de culo o de espaldas, o la cruzaban pisando entre las ascuas de fuego. Desde las murallas, el pueblo entero festejaba el juego del Catafú.

El moro y los suyos conocían la fiesta, y más tranquilo que nunca, bajó de su cueva camino de los gallineros de Torralba. Nadie había visto su cara porque siempre la llevaba cubierta con yerbajos. Alguno del pueblo que lo había visto de cerca afirmaba que era un moro.

Al tomar el camino de las huertas, los hombres se lanzaron sobre ellos desde todas las direcciones al grito de «al moro», «al moro». Este y sus acompañantes quedaron encajonados entre las tapias del camino. La mitad de los hombres buscaron al jefe y consiguieron apresarle. Los demás persiguieron a sus secuaces hasta la cuesta de San Juan.

Dice la tradición que, cuando el moro estaba ya en poder de los torralbeses, logró zafarse y huír por entre los matorrales. La persecución duró más de dos horas, pero al fin se rindió, muerto de sed y de cansancio en «la balsa». Alguien fue a buscar un buen ramal para maniatar al bandolero, no fuera a escapárseles otra vez. Entre tanto, pasaron lista y, al ver que no faltaba nadie, se pusieron a bailar de contentos en honor de San Juan y de la victoria obtenida.

El pueblo estaba desierto cuando regresaron con el moro. Al grito de ¡Viva San Juan! cruzaron el arrabal de la Cruz, subieron por el portal, recorrieron la calle Mayor y desembocaron en la plaza de los olmos. La hoguera alentaba todavía, y todavía quedaban unos tragos de vino en los garrafones, que todos empinaron entre vivas a San Juan, insultos al moro y una docena de juramentos.

A medio día, el pueblo se reunió en la plaza para juzgar al reo. El juez leyó la sentencia: muerte para el ladrón de rebaño y de cosechas. El moro fue ahorcado allí mismo.

Por la tarde, todos los vecinos asistieron a Vísperas solemnes en honor de San Juan, y de allí salieron hacia la balsa, donde los hombres bailaron ayudándose de las armas que habían empleado por la mañana. (Este es el origen del «baile de la balsa»). Luego, el alcalde decretó fiesta para el día siguiente.

Los hombres que habían participado en la captura del moro formaron la Cofradía de San Juan con su Abad al frente. Este conservaría una bella lanza como signo de autoridad, y los cofrades, un bastón en recuerdo de la hazaña y de las armas utilizadas.

## La Villa de Torralba

En el antiguo Reino de Navarra. Torralba llegó a ser un pueblo importante. Fortaleza situada en uno de los puntos estratégicos de la frontera del Reino, Torralba constituía una plaza inexpugnable por la bravura de sus habitantes, que defendían el cogote donde vivían y contraatacaban con valor desde las alturas del pueblo.

En alguna de esas guerras, los habitantes de Torralba se portaron como auténticos jabatos. Por muchos días y noches, resistieron la acometida de las tropas castellanas. La plaza, sin otras ayudas que las pobres construcciones de sus casas y el orgullo de sus defensores, quedó hecha escombros. Pero los castellanos no pasaron y finalmente fueron derrotados por el ejército del Rey que vino en auxilio de los sitiados.

El Rey colmó de honores y de privilegios a sus habitantes. Elevó la fortaleza a la categoría de Villa y mandó que ésta se rodeara de murallas para su ornato y defensa.

El pueblo fue reconstruido y poco a poco se levantaron las murallas con sus torreones, castilletes y puertas de entrada.

Más tarde, sobre la pequeña iglesia primitiva, se construyó una nueva, de grandiosas proporciones, con su espléndida sacristía, coro de corte catedralicio y una magnífica torre con tres campanas de diferente tamaño, coronada por una airosa veleta.

¿Qué llevó a los vecinos de Torralba a una construcción tan grande y costosa? Nadie conoce la respuesta. La tradición no la ha formulado explícitamente. Fue seguramente un gesto gratuito, una empresa de todos, sin otro motivo que el orgullo del pueblo, la altivez de las alturas, la magia del gentilicio y el profundo sentimiento religioso.

En la margen derecha de la carretera que conduce a Codés, hay un centenar de huertas de regadío. Muchas de ellas están rodeadas de pared de piedra y yeso con su puerta y cerradura. La tradición se ha ocupado de «las huertas cerradas», como así se las llama. «Las huertas cerradas» parecen ser restos de casas que surgieron paralelamente al crecimiento del pueblo. ¿Por qué fueron abandonadas? La tradición no ofrece una respuesta segura: quizás fue la necesidad de aumentar el campo de regadío, o el deseo natural de apiñarse junto al núcleo principal de la población, o la búsqueda de seguridad ante las frecuentes incursiones de ladrones y bandoleros como «el moro».

## El Rosario de Don Tomás

Nunca se me olvidarán los rosarios de D. Tomás, que en paz descansa. Era un cura muy bueno, pero toda la semana se la pasaba esperando la tarde del Domingo y las partidas al mus que jugaba con el médico, el veterinario, el secretario y algunos más.

En mi vida he visto rosarios más cortos. Yo no creo que llegaran a diez minutos.

En aquellos tiempos, los Domingos por la tarde se cantaban Vísperas Solemnes antes de rezar el Rosario. D. Tomás, el sacristán y los monaguillos subían al coro y cantaban aquellos salmos en Latín. Las Vísperas sí que se hacían largas.

Pero el Rosario se iba en un santiamén. Nada más terminar las Vísperas, D. Tomás comenzaba en el coro el rezo del Rosario.

Cuando llegué a Torralba, no podía menos de reírme al ver cómo rezaba las avemarías.

—Santa María... vientre Jesús... Santa María... vientre Jesús. Gloria Patri Santo... Santa María... vientre Jesús...

Yo me moría de risa. El pueblo estaba ya acostumbrado y respondía comiéndose también la mitad del avemaría. Una carrera de avemarías, padrenuestros y letanías.

D. Tomás comenzaba a rezar en el coro, seguía rezando por las escaleras, cruzaba la nave central rezando y subía al púlpito rezando.

—Santa María... vientre Jesús... Santa María...

Total que, cuando llegaba al púlpito, estaba ya en el cuarto Misterio. Luego, en las Letanías, aquello era la desbandada. D. Tomás marchaba a galope y todos nosotros tras él.

Antes de terminar el último padrenuestro, comenzaba a desvestirse en el mismo púlpito y seguía quitándose los capisallos camino de la sacristía.

Era todo un espectáculo.

## El Predicador de la Virgen

Había una vez un cura muy tonto. Le gustaba predicar mucho, pero no sabía más que un sermón. En todas las fiestas de la Virgen predicaba lo mismo. Se lo aprendía cada vez de memoria, bien de memoria, y subía al púlpito con unas ínfulas que impresionaban a la gente.

A todas partes iba acompañado de su mamá. Esta se sentaba en la primera fila y ¡a escuchar el sermón de su hijo! Y que nadie se le ocurriera hablar durante el sermón, porque ponía una cara tan rara que hacía callar hasta a los mozos del pueblo.

En una ocasión, fue llamado a predicar en un pueblo importante. No se sabe qué le paso. Lo cierto es que no tuvo tiempo de aprenderse el sermón bien de memoria.

Se dirigió al púlpito con la solemnidad y parsimonia que acostumbraba. Comenzó el sermón muy bien. La gente estaba admirada. La mamá no cabía de satisfacción en el sillón especial que le habían preparado.

Pero en la mitad del sermón el hombre se atascó.

—... y San Juan dijo a la Virgen... Se levantó San Juan y le dijo a la Virgen, a la Madre de Jesús, a la misma Madre de Jesús, hermanos míos. Pero, ¿no se figuran Vds. lo que San Juan dijo a la Virgen? ¿Verdad que no? Pues bien, hermanos míos, devotos de San Juan y de la Virgen. San Juan dijo a la Virgen...

El pobre predicador estaba atascado como un carro de bueyes en invierno. No podía acordarse lo que San Juan había dicho a su Madre. Por más vueltas que daba, nada. Tosía, carraspeaba, miraba a San Juan y después a su madre. ¡Qué va! ¡No había manera!

—¡Qué terribles palabras! Para eso he venido yo a este pueblo, para decirles lo que San Juan dijo a la Madre de Jesús...

En esto se levantó una vieja y, sin pedir permiso a nadie, interrumpe al Padre Predicador.

—Pero, Padre, ¿Qué le dijo entonces San Juan a la Virgen?

El Predicador se puso pálido como la cera y ya iba a decir algo, cuando saltó su madre desde el sillón.

—Mire Vd., señora, le dijo lo que le dijo. Y bájate, hijo, que bastante has dicho, y el que quiera saber más que estudie como mi hijo.

El follón que se armó entre las dos viejas no es para contarlo. Pero quienes más disfrutaron fueron los mozos del coro, que aprovecharon el lío para salirse al pórtico a fumar entre tanto un cigarrillo.

## El cura de Toledo

Había una vez un cura muy tonto, muy tonto. No sabía predicar ni decir Misa, ni nada.

Todo un año estuvo preparándose el pobre para decir la Primera Misa. Cuando llegó la hora, se equivocaba en todo y no daba una en el clavo. Los sacerdotes que le acompañaban le indicaban las cosas, pero él tropezaba a cada rato.

Llegó el momento de la Consagración y sus acompañantes se arrodillaron. Pero el Misacantano, profundamente inclinado sobre el altar, no hacía ni decía nada.

Entonces uno de los acompañantes levantó la cabeza y dijo:

–Vamos, Don Tomás, ¿qué haces? Alza ya, alza.

Pero el Misacantano ni alzaba ni se movía.

–Vamos, hombre, que alces, que ha llegado al hora de alzar.

El Misacantano alzó una pata.

–Pero chico, ¿qué haces? Qué haces, te digo.

–¡Qué va! El pobre cura ni oía, ni entendía, ni sabía qué tenía que alzar. Y alzó la otra pata.

–Pero, Don Tomás, ¡qué te pasa, hombre! ¡Qué estará pensando la gente!

–Pero, ¿qué alzo? –preguntó completamente aturdido y nervioso.

–¡La Hostia, hombre! ¡Qué vas a alzar!

–¿La Hostia? ¡Si me la he comido!

–¿Qué te la has comido? ¡Pues buena la has hecho!

–Y ahora, ¿qué hago?

–Que... ¿qué hago? Pues nada. Termina la misa y se acabó. Di que la Misa ha terminado.

–Entonces, el Misacantano se volvió y dijo:

–Yo me voy a Toledo. ¡Y ahora mismo!

Por Dios, ¡qué curas más tontos que hay!

